

LOS DÍAS DE RAMALA

El 29 de enero de este mismo año una reyerta al borde de la carretera entre un carnicero de Ramala y dos jóvenes del cercano campo de refugiados de Kalandia degeneró en una breve oleada de violencia. Lo que empezó con una muerte terminó convirtiéndose en dos días de brutalidad aparentemente sectaria; se daba el caso de que el carnicero era cristiano y los jóvenes musulmanes. Lo verdaderamente significativo del hecho es, sin embargo, que ha hecho visible la creciente precariedad socioeconómica en esta sociedad sitiada y la débil naturaleza de la autoridad que ejerce el gobierno de Arafat, incluso en la sede de su poder.

Los moderados tienden a achacar la tensión al tráfico caótico en el cruce que está en el medio de la carretera principal entre Jerusalén y Ramala a las afueras del campo de Kalandia. Cientos de coches y camiones palestinos se apiñan aquí cada día, arreglándose para conseguir un sitio y una oportunidad para cruzar el extremadamente protegido puesto de control israelí. No escasean las riñas ni las peleas intrascendentes, y aparentemente poco hay para contenerlas. La policía palestina no tiene permitido operar en esta parte del paso entre Jerusalén y Ramala y, más allá del perímetro de su puesto de control, los soldados israelíes son en el mejor de los casos indiferentes al caos que ellos mismos han generado. Aun así, la mayoría de los días aquí reina el orden dentro del desorden. Los taxistas que llevan a la gente de un lado a otro del puesto de control funcionan con un sistema de privilegios que permite que quienes llevan más tiempo esperando sean los primeros en coger sitio como pasajeros; los camioneros cogen turno colocando sus camiones en el tumulto y –con una actitud que mezcla la resignación con la tradicional cortesía árabe– los conductores ceden su puesto en la fila a los que utilizan las tácticas más escandalosas para colarse. Con todo, la «línea» es, en el mejor de los casos, un concepto asumido en Kalandia, donde se sobrelleva en gran medida gracias a la familiaridad acumulada entre las personas que luchan cada día bajo miserables circunstancias sólo para –literalmente– pasar al otro lado.

En muchos sentidos es un microcosmos de la sociedad palestina bajo la ocupación israelí: caótica y ocasionalmente violenta –en algunos casos la violencia es significativa, pero habitualmente es de poca importancia– sin

que la Autoridad Palestina ni el ejército israelí ejerzan un poder muy efectivo cuando se necesita; aun así la gente intenta seguir adelante y de alguna manera la mayoría de los días consigue no venirse abajo. Otros lazos que no son los de la burocracia les mantienen unidos en esta atmósfera de olla a presión. Pero cuando la familiaridad disminuye, las tensiones suscitadas por siete meses de duras privaciones pueden acabar expresándose de forma desastrosa, como ocurrió el 29 de enero, poniendo al descubierto en aquella noche la fragilidad de un orden que la Autoridad Palestina preside sólo nominalmente.

Sin ser oficial, la historia es como sigue: Hani Salami, un carnicero que regentaba una pequeña tienda en Ramala, entabló una discusión en el cruce de carreteras con dos jóvenes de Kalandia. En el punto álgido de la disputa, Salami asestó una cuchillada a uno de ellos, que murió instantáneamente de un corte en la garganta. Según el rumor, el chico había esgrimido una barra de metal contra el carnicero, pero al igual que ocurre con muchos de los detalles que rodean el episodio y sus resultados, ello aún es objeto de debate. Lo sí que es cierto es que el otro joven fue llevado a un hospital de Ramala en un estado crítico; y que al mismo tiempo que Salami acudía junto a su familia a ponerse a disposición de la Autoridad Palestina local, los amigos y familiares del hombre de Kalandia asesinado imponían su propia venganza, primero quemando la tienda y la casa del carnicero y después alzando una revuelta en el centro de Ramala, que destrozó tiendas y cafés, muchos de los cuales, aunque no todos, eran cristianos. Según se dice, el ataque a una iglesia local solamente fue evitado gracias a la rápida mediación de un clérigo de Hamás.

Los apuros de Arafat

Estos acontecimientos ya se han hecho legendarios entre los residentes de Ramala, a pesar de que la prensa palestina tapaba el incidente con analgésicas declaraciones de armonía religiosa, ignorando sus muchas otras implicaciones. Ciertamente, la violencia era un asunto espinoso para la Autoridad Palestina, ya que el sectarismo continúa siendo un punto sensible, especialmente en este turbulento periodo. Arafat siempre ha mantenido de manera incondicional su *status* como líder de un movimiento histórico nacionalista secular, cortejando a las instituciones cristianas de Jerusalén y Belén y abundando en referencias al hecho de que su esposa Suha, la primera dama de los palestinos, sea cristiana. Hasta ahora ha tenido bastante éxito; pero dentro del caos creciente que envuelve a la sociedad palestina bajo la Intifada, son frecuentes los conflictos familiares y los altercados suscitados en los propios pueblos, los cuales se producen en ocasiones siguiendo líneas sectarias. Muchos cristianos locales afirman sentirse inseguros como miembros de una minoría constantemente inhibida en un territorio donde las bandas y los grupos militantes operan fuera del control de la autoridad central.

No es de sorprender que estas inseguridades se hayan multiplicado durante las pasadas semanas. Muestra de ello es que la noche de los disturbios la mayoría de los residentes cristianos del cercano Bir Zeit –el pueblo natal del carnicero– se subieron a sus tejados con todas las armas que pudieron encontrar, esperando nerviosos la llegada de los jóvenes de Kalandia. Una vez que todo hubo pasado, la violencia se había cobrado, en los días que siguieron, una sola víctima más: el anciano padre del carnicero, que murió de un ataque al corazón al enterarse de que su hijo se había convertido en un asesino y su familia en el objetivo de una revuelta masiva. La reticencia de la burocracia y de los periódicos palestinos a debatir estos temores abiertamente levanta sospechas entre algunos cristianos locales. Ello puede deberse, efectivamente, a un cierto rechazo a lavar los trapos sucios de las políticas domésticas ante los ojos de los medios de comunicación occidentales: los portavoces del gobierno israelí y los periódicos suelen destacar las tensiones pretendidamente sectarias que tienen lugar en las poblaciones palestinas cercanas a Belén.

Pero no acaba todo aquí. Es algo ampliamente aceptado que la policía palestina no intervino para evitar los destrozos; un rumor sostiene que, en realidad, un comandante veterano de la policía local ligado a Kalandia dio su aprobación tácita a la incursión, permitiendo a los participantes en los disturbios pasar las barricadas de la policía en la carretera que lleva del campo a Ramala. Muchos cristianos escucharon esto con una mezcla de ansiedad y confusión, que se hicieron más agudas cuando, después, salió a la luz que muchos de los implicados eran reclutas locales de las fuerzas de seguridad palestinas; una complicación que ha resultado doblemente problemática para Arafat. Aunque la violencia haya revelado claramente los límites de su autoridad incluso en Ramala, lo más importante es que muestra la incapacidad de la Autoridad Palestina para gestionar las frustraciones económicas y políticas acumuladas durante la Intifada. Durante el pasado año, el ya bastante desprestigiado gobierno de Arafat se ha convertido en algo cada vez más lejano para sus electores y, en especial, para la acosada población refugiada. La mayoría de los palestinos, si puede, busca justicia en cualquier parte menos en la Autoridad Palestina, incluso en el caso de que ellos mismos pertenezcan formalmente a ésta. Y cuando el grupo de Kalandia llevó a cabo en las calles su propia forma de respuesta, no se ajustó estrictamente a los hechos que la motivaron. En este caso, la acusada diferencia socioeconómica se entrelazó con un cariz sectario.

Una identidad sectaria como tal no es algo que se enuncie normalmente entre la elite palestina ni entre las clases medias; pero la identidad común que comparten –en primer lugar nacional– también viene determinada por vínculos profesionales o de clase: la gente que conocen es aquella con la que fueron al colegio, con la que trabajan, con la que se reúnen en los cafés. A medida que la economía palestina se ha hundido bajo el peso de las restricciones israelíes, las diferencias socioeconómicas han crecido drásticamente. Esto se demuestra, por un lado, en la creciente

brecha perceptible entre la población trabajadora más pobre, que –en algunas de las áreas predominantemente cristianas, especialmente en Ramala– tiende a organizarse de forma más sólida alrededor de identidades comunitarias, y las restantes clases medias y elites. Por otro lado, hay un abismo incluso más patente entre los centros urbanos de Cisjordania y los campos de refugiados adyacentes que son, de facto, sus suburbios.

Ostentación y penuria

El contraste entre los que tienen y los que no tienen probablemente no sea en ninguna parte tan visible como en la ciudad tradicionalmente cristiana de Ramala. Aparentemente impasible ante las privaciones derivadas de la Intifada, una elite continúa llevando una vida relativamente ostentosa en esta ciudad que se hizo infame durante los años del proceso de Oslo debido a su estilo de vida cosmopolita e indiferente. Un grupo de cafés y restaurantes selectos hierve aún hoy de actividad todas las noches de la semana. El que es hoy el lugar de moda –un animado restaurante llamado Sangria– abrió sus puertas durante la Intifada. Su clientela habitual incluye hombres de negocios, así como funcionarios de la Autoridad Palestina y de diversas ONG; y si bien las principales creencias palestinas están representadas en ambos grupos, predominan los cristianos, por la sencilla razón de que suponen un segmento desproporcionadamente grande de la clase media de Ramala. Difícilmente Sangria puede considerarse un paraíso de abundancia según los patrones internacionales, pero lo que aquí cuenta son los términos relativos.

El campo de refugiados de Kalandia, a diez minutos escasos en coche hacia el sur, se ha convertido en algo tan remoto para Ramala desde el estallido de la Intifada que constituye un mundo completamente diferente. Unos pocos residentes más acomodados construyeron algunas villas de piedra caliza en sus márgenes durante los años de Oslo, pero estas villas ocultan un interior pobre y caótico, de estrechas callejuelas y viviendas de hormigón apiñadas. Aquí no hay ostentosos restaurantes. El desempleo y la pobreza abundan por todas partes: la mayoría de los hombres de la localidad que trabajaban en Israel antes de la Intifada han perdido sus empleos a causa del bloqueo militar. Muchas familias dependen del trabajo y de la asignación que les proporciona la Oficina de Ayuda y de Trabajo de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina, que gobierna el campo con un presupuesto siempre excesivamente limitado. Debido a su proximidad al puesto de control israelí, Kalandia también ha visto heridos o asesinados por los soldados israelíes a un número desproporcionadamente alto de sus pobladores. Doce muertes y cerca de 700 heridos desde que comenzó la Intifada sitúa la tasa de víctimas de Kalandia entre las más altas de los campos de refugiados de Cisjordania, al menos hasta el comienzo de la ofensiva israelí en los territorios este marzo.

Kalandia tiene una relación esquizofrénica con la Autoridad Palestina. El

campo es un baluarte de la integración de elementos populares dentro de la propia facción de Arafat, Fatah, y ha proporcionado numerosos reclutas a las fuerzas de seguridad de la Autoridad. Pero en muchos otros sentidos poco tiene que ver con el gobierno de Arafat. El ejército israelí es el responsable de la seguridad en la zona, designada como Área B en los acuerdos de Oslo. Patrullas mixtas con la Autoridad Palestina se dieron antes de la Intifada, pero nunca más. Los residentes no tienen mucho cariño al aparato formal de su gobierno, que sienten que les trata con una mezcla de indiferencia y condescendencia. Igual que en otras zonas de los territorios palestinos, es generalmente despreciada por su brutalidad y su codicia. El proto-Estado palestino les provee virtualmente con no servicios y tampoco les permite estar representados en las elecciones locales. La doctrina oficial de la OLP, tal y como se ha vendido en el interior de la nación, sostiene que hasta que no se permita a todos los refugiados el derecho a retornar a sus pueblos de origen en lo que hoy es Israel, los moradores de los campos continúan siendo responsabilidad de la UNRWA [Oficina de Ayuda y de Trabajo de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina]. Su asimilación en la sociedad local, afirma la Autoridad Palestina, sería traicionar la causa de los refugiados.

Sin embargo, los propios refugiados hace tiempo que sospechan que esto es precisamente lo que Arafat ha intentado hacer siempre. Las mismas declaraciones conciliadoras de la Autoridad Palestina en las que asegura a Occidente su buena disposición a ser «flexible» en cuanto a la implementación del derecho al retorno, provocan alarma y escándalo en Kalandia. Sus residentes interpretan este lenguaje, escuchado con frecuencia en torno a las negociaciones de Camp David, como una renuncia paulatina a sus derechos. Las derruidas paredes del campo están cubiertas de grafitis desafiantes que advierten, a quien se preocupe de leerlos, de que el «retorno es un derecho inalienable», y citan la Resolución 194 de la ONU, donde es consagrado por el Derecho Internacional. Marginados económica, política y legalmente, con un futuro que no parte ni del pasado ni del presente, los residentes de Kalandia sienten que han sido abandonados, no sólo por la ONU sino por el mismo gobierno que se proclama como su representante. La pintada en la pared puede leerse como una carta abierta dirigida a aquellos que juegan con el destino de Kalandia, recodificada en su propio lenguaje.

En muchos sentidos lo mismo podría decirse de los disturbios del 29 de enero. Ciertamente, el joven larguirucho que se lanzó hacia las escaleras de la Ziryab Gallery aquella tarde parecía estar rabiosamente convencido de dar en el clavo. Ziryab es un café-galería de arte relativamente modesto que pertenece al artista local palestino Taysir Barakat y que es conocido por servir cerveza y acoger una mezcla ecléctica de clientela liberal. Aquella tarde se cruzó en el camino de la destrucción enardecida protagonizada por los hombres de Kalandia. Dos de ellos irrumpieron atravesando la puerta a primeras horas de la tarde. Uno blandía una larga vara de madera. Se detuvo por unos segundos arramplando bajo la débil luz

con mesas y botellas. Entonces, se abalanzó hacia la habitación, destrozando ventanas y cacharros y haciendo girar las lámparas de papel maché con golpes desesperados.

La rabia de los campos

Había un sentimiento de perplejidad en el asalto. Encarándose, dos camareros se las arreglaron para apaciguarle momentáneamente y pedir una explicación. El joven respondió con frases cortas y afligidas, mientras sacudía violentamente la cabeza. Parecía como si pudiera haber estado llorando. Encogiendo los hombros se adentró en el interior de la habitación y propinó con rencor unos pocos golpes más a las ventanas y mesas que quedaban. Haciendo acopio de alguna combinación de intimidación y razón, el personal finalmente le sacó fuera. Para entonces ya se habían roto todas las ventanas y la media docena de huéspedes, salvo unos pocos, había huido. Un elegante bolso de mano yacía a medio abrir en el suelo, con el contenido desparramado. Atónito ante la devastación, un agitado camarero sintetizaba escuetamente la disputa con un sentimiento que parecía implicar tanto a él mismo como al asaltante: «Está furioso. ¡Aquí no hay derechos civiles!».

No dijo a qué derechos se refería. E irónicamente, en el cenit de la revancha, el hecho de que Barakat sea musulmán parecía no haber supuesto ninguna diferencia para el joven de Kalandia. En efecto, cualquiera que hubiese sido su secta o su condición religiosa, la violencia parecía haberse dirigido, ante todo, contra cualquier símbolo del privilegio que se cruzara en el camino de los refugiados. Los vendedores del centro de la ciudad ciertamente no tuvieron la oportunidad de pensar dos veces sobre los motivos: a los pocos minutos de las primeras noticias del percance, el centro comercial de la ciudad había echado el cierre. Entretanto, la policía no es sólo que respondiera tarde, es que no lo hizo. En la resaca inmediata a la violencia, era difícil divisar un solo uniforme azul en el centro de Ramala. En su lugar, unas pocas unidades de la guardia presidencial de Arafat, la Fuerza 17, fueron destinadas a unos pocos comercios seleccionados, junto con miembros de su más numeroso aparato de seguridad, los Servicios de Seguridad Preventiva. Irónicamente, como fue verificado más tarde, algunas de las personas que habían participado en los disturbios habían sido, de hecho, miembros de estas fuerzas.

Si el gesto de Arafat pretendía llamar la atención sobre su compromiso personal en la protección del orden interreligioso, su efecto fue, además, ofrecer una prueba palmaria de la creciente ineficacia de la autoridad de la AP en la sociedad palestina. Antes de la Intifada, los enfrentamientos esporádicos en el centro de Ramala entre jóvenes de pueblos vecinos solían sacar a las calles contingentes considerable de la AP: efectivos de la policía y hasta dos o tres cuerpos de las Fuerzas de Seguridad (Arafat tiene en total trece a su disposición) se congregaban rápidamente en el

lugar del conflicto. Esas imponentes demostraciones de fuerza se han vuelto desde entonces excepcionales, en parte porque son peligrosas. Una abierta oposición popular a la AP se ha hecho más generalizada, especialmente tras su campaña de eliminación de los grupos militantes locales después del 11 de septiembre. Cuando la AP disparó y mató a tres simpatizantes de Hamás en una manifestación en Gaza a finales del pasado año, suscitó críticas tremendas desde dentro de sus propias filas. Sus miembros, progresivamente, han ingresado en las milicias armadas que operan en Cisjordania en calidad semiconfidencial. Bajo esta condición, su adhesión a la política oficial y a los dictados de la AP está, la mayoría de las veces, en las últimas, de modo muy parecido a lo que ocurre en la misma Kalandia.

En Ramala aún se cuece el descontento por el encarcelamiento por parte de la AP del secretario general del FPLP, una facción marxista-leninista dentro de la OLP que reivindicó el asesinato del ministro de Turismo israelí de extrema derecha Rehavam Zeevi, respondiendo con la ley del talión al asesinato israelí de uno de sus propios líderes unas semanas antes. Políticamente bastante marginal, el FPLP ha visto aumentar su credibilidad durante la Intifada por participar abiertamente en la resistencia armada contra la ocupación israelí. Al mismo tiempo, la credibilidad de la AP se ha ido deteriorando irremediamente, incluso aunque la propia ala militar de Fatah sea cada vez más activa. Además de ser percibido como irresoluto y endeble, el gobierno de Arafat continúa hostigado por acusaciones de corrupción, que se ven alimentadas por el privilegio relativo que continúan disfrutando sus oficiales veteranos en Ramala.

Para los segmentos más marginales de la sociedad Palestina –de éstos, los que más destacan políticamente son los campos de refugiados– éstos son signos de un gobierno que no sólo es indiferente a sus necesidades, sino que se está enriqueciendo desvergonzadamente a sus expensas. Su alienación encuentra una salida fácil: durante los primeros meses de la Intifada se asaltaron en Gaza varias tiendas de licores, todas ellas propiedad de cristianos. Como una premonición de los recientes acontecimientos de Ramala, estos hechos fueron percibidos en gran parte como un rapapolvo dirigido al mundo del privilegio y del hedonismo que los cuadros más antiguos de la OLP importaron a la empobrecida Franja de Gaza durante el proceso de paz de Oslo. Efectivamente, al día siguiente de los disturbios, el alcohol se convirtió una vez más en el objetivo de la còlera de Kalandia. Al no poder entrar en la ciudad por la fuerza debido a las barricadas policiales, en su lugar intentaron incendiar una fábrica de *arak*¹ a las afueras de ésta.

Éste resultó ser el final del problema. Una gran manifestación realizada al

¹ Bebida alcohólica de alta graduación, similar al ron, típica de Oriente Próximo y procedente de la destilación del jugo fermentado del coco o de la pasta fermentada de arroz y melazas [N. de la T.].

día siguiente, después de los oficios religiosos del viernes, insistió especialmente en la importancia de la unidad nacional palestina y en la armonía entre las distintas religiones. Los miembros locales de Hamás y de la Yihad Islámica fueron especialmente clamorosos sobre este punto. Los ataques israelíes a Ramala y a sus alrededores continúan, pero en el frente interno las semanas posteriores han sido tranquilas, reservándose principalmente a una intensificación del debate y de los rumores. La mayor parte del daño causado ya ha sido reparado; los escaparates, sustituidos; los destrozos interiores, retirados. Este mismo fin de semana, Sangria tuvo su noche más concurrida en meses, con música disco retumbando hasta tempranas horas del domingo. En la medida en que siguen adelante con sus vidas, los residentes de Ramala, ya sean cristianos o musulmanes, probablemente coincidirían en preferir olvidar el incidente lo más rápidamente posible. Aun así, las divisiones brevemente expuestas no discurren por esta ciudad relativamente bien asentada en la colina, sino entre ella y las masas apiñadas abajo, sobre quienes Ramala y la AP flotan como el pico de un iceberg que se hunde.